

cuyo motivo las mujeres dieron gritos de júbilo y los hombres hicieron descargas de fusilería y de cañón. El general Lafayette, comandante en jefe de las tropas ciudadanas, había entrado en el palacio á ofrecer sus servicios á SS. MM. y pedía audiencia.

—Vamos, señora, le dijo Luis á su esposa muy animado, vamos á recibir al general. Ves que las cosas no van tan mal como creías. Tenemos servidores fieles que acuden en nuestro apoyo.

No replicó la reina, sino que en silencio siguió al rey al salón, donde esperaba Lafayette, rodeado por los ministros y otros caballeros de la corte. A la entrada de los reyes el general se adelantó á recibirlos con un profundo saludo.

—Sire, dijo él cortésmente, he venido á proteger á VV. MM. y á la Asamblea Nacional.

—¿Estais seguro de la fidelidad y disciplina de las tropas á vuestras órdenes? Preguntó la reina fijando los ojos en el rostro de Lafayette como para leer sus pensamientos.

—Sé, señora, que puedo fiar en la fidelidad de mis tropas; contestó el general con la mayor calma y serenidad, pues no le turbaron la pregunta ni la mirada inquisitiva de la reina. El respeto que les inspiró me asegura, que mientras las mande, velarán por la seguridad del rey y de la reina.

Esta creyó descubrir en aquellas palabras altisonantes del general cierto sabor de burla, mas fingió creerlas. Sin embargo, como Lafayette repituese con énfasis que ya no había que temer y que el peligro había pasado, se le dispuso todo recelo. Al mismo tiempo, habiendo recibido él orden de restablecer la paz en Versailles con la Guardia Nacional de París y reprimir los desmanes del populacho, acampado en la gran plaza, le correspondía distribuir las guardias en torno del palacio con sus tropas. Y así lo hizo.

Satisfecho el rey con las seguridades de Lafayette y las medidas que tomó, la reina al fin tuvo que convenir en que no había aun nada que temer ni recelar. Para evitar todo motivo de queja y de peligro, dispuso Luis que los guardias de corps marcharan á Rambouillet, reservando únicamente la mitad de una compañía para llenar los centinelas del interior del palacio. Hecho esto, el general hizo la ronda en persona, acompañado de su estado mayor, y satisfecho de que todo estaba en orden, se retiró al palacio para pasar el resto de la noche y descansar de las duras fatigas del día.

También se había retirado el rey á sus aposentos, y los ayuda de cámara que le habían ayudado á desnudarse no habían dejado el cuarto, cuando por la ruidosa é uniforme respiración que salía bajo las cortinas de seda de la cama, conocieron que S. M. se había dormido profundamente. Había seguido la reina su ejemplo. Antes de reclinarse cansada y soñolienta cabeza en los cojines, rogó á sus camareras tiernamente se retiraran á descansar. Obedecieron, y al fin reinaron la quietud y el silencio en el lúgubre palacio de Versailles.

Solamente en las oscuras y desiertas salas, teatro poco ántes de escenas dolorosas y lamentables, continuaron resonando la grito y lamentos y maldiciones de la plebe rabiosa,

allá abajo, en la plaza. Es decir, que dentro del palacio, había vuelto á reinar la tranquilidad, fuera del palacio continuaban la confusión y el tumulto populares.

Duerme entre tanto, María Antonieta, duerme. Aprovecha la última hora de reposo y seguridad que te concede el cielo. Antes que luzca la aurora del nuevo día, ya te despertará el odio popular y volverá á resonar en las salas de los reyes de Francia, la ronca voz de la revolución ebria de sangre!

CAPÍTULO XIII.

LA NOCHE TRISTE.

DORMIA María Antonieta, habiendo agotado sus potencias la excitación del día anterior y el tumulto de la noche. La naturaleza, á veces compadecida de aquellos á quienes persigue dura suerte, les envía el sueño restaurador de vida y fuerzas.

A tiempo que dormía María Antonieta, reinaba la mayor calma en el palacio pues hasta Lafayette creyó que podría retirarse á descansar sin riesgo, como lo hizo, dos ó tres horas antes de la venida de la mañana. Pero entre tanto, abajo, allá en la plaza, la revolución no había cerrado los ojos, antes no apartaba sus miradas de hiena de las paredes tras las cuales dormía la reina.

Tanto había pecado la corona de Francia, tales habían sido sus errores y despilfarros por siglos enteros, que al fin el amor y respeto del pueblo se convirtieron en odio y rebelión. El mal venía de muy lejos, pero había llegado á su colmo en la época de Luis XIV y Luis XV, de los cuales el primero cubrió la Francia de un falso esplendor de gloria, y ambos abusaron del poder al punto de transformar el país en el exclusivo patrimonio de los reyes. Este estado de cosas era incompatible con las ideas del siglo que pasaba y con las de aquel que ya asomaba sus vivos resplandores en el horizonte del mundo. La insurrección se había hecho una consecuencia lógica de esas premisas. Los crímenes y pecados del pasado debían encontrar su castigo en el presente, y los hijos de la cuarta generación recoger la cosecha de desgracias que habían sembrado sus padres.

María Antonieta ignoraba todo esto; criada en la corte mas orgullosa de Europa en aquella época, jamás había tenido ocasión de pensar en las aspiraciones del pueblo, cuanto mas en si había ó no derecho de negarle hasta el aire que respiraba. Por supuesto, no tenía ojos para ver el abismo que se había abierto entre él y la corona. Aun cuando hubiera tenido ojos para verlo y juicio para sondear su profundidad, los cortesanos y aduladores lo habían cubierto con flores y con el ruido de las fiestas y bacanales habían sofocado los lamentos del pueblo.

Ahora desaparecían las flores de la boca del abismo, había cesado del todo el ruido de las interminables fiestas de la corte, y María Antonieta empezaba á ver claro su camino. Pero aun cuando no se le hubiera despejado la vista, aunque no hubiera caído la venda que empañaba la viva luz de su razón, las maldiciones y gritos de rabia del pueblo, su actitud amenazadora, no le dejaban duda de que los humildes

y obedientes vasallos se habían convertido de repente en orgullosos y atrevidos rebeldes. Con ojo sereno y firme midió la profundidad del abismo, vió claro el monstruo que allá abajo se alzaba pronto á destruirla á ella y á toda su casa. Pero no dió un paso atrás, ni cedió en lo mas mínimo. Mas bien que transigir con los enemigos del trono y refugiarse en sus brazos, sacrificando el orgullo y las ideas de casta, prefirió ser arrastrada por la corriente revolucionaria y hecha pedazos en la pedregosa cuenca. Mejor morir cien veces con la corona en la cabeza que vivir una eternidad privada de ella y en humilde condicion.

Tal pensaba María Antonieta, cuando á la caída de aquel espantoso día se había retirado á descansar; y la siguiente fué la súplica que pronunciaron sus labios luego que cayó en el lecho:

—Dame, Dios mio, fuerzas para morir como rema, si no puedo vivir como tal. Sobre todo fortifica á mi marido á fin de que sea no ya solo hombre bueno, sino rey también.

Con esta súplica en los labios se quedó ella dormida. Pero así que madama de Campan se acercó á su lecho para vigilarle el sueño, no obstante el tiento con que se aproximó, María Antonieta se despertó y dijo á su fiel camarera en tono amable:

—Ve á dormir, Campan, y haz que se acuesten las demas camareras. Despues de un día de tanta fatiga y sobresalto, todas ustedes necesitan descansar. ¡Es tan reparador el sueño! Ve, Campan. Buenas noches.

No podía esta ménos que obedecer, en consecuencia se encaminó á la antesala seguida de las otras dos camareras.

—La reina quiere dormir, les dijo, y nos manda retirar á descansar. Lo haremos así?

Las dos mujeres sacudieron la cabeza y se alzaron de hombros, indicando que estaban á la disposición de la camarera mayor.

—Comprendo, agregó esta. Sé que estamos de acuerdo. No debemos dormir esta noche, porque tenemos que velar el sueño de la reina. Quedémonos en esta antesala, donde no tardará en llegar el señor Varicourt y contarnos lo que pasa fuera del palacio.

Dicha antesala estaba alumbrada por dos velas de cera, que apenas bastaban para poner en claro la confusión y el desorden allí reinantes á consecuencia de las idas y venidas, durante el día, de señoras, damas, camareras y ayudas de cámara. No había silla, almohadon, mesa ni divan en su puesto. En ella se habían apiñado casi todas esas gentes á un tiempo en busca de la reina y de allí habían pasado á la antesala de los aposentos del rey. Los de la familia real se hallaban á la izquierda del palacio y la reina ocupaba los inmediatos á la sala de la guardia Suiza.

No pudo ménos de pensar en esto madama de Campan luego que entró en dicha antesala y el pensamiento la hizo estremecer de horror.

Como se tardase Varicourt, á quien esperaban encontrar allí, ni se oyese otra cosa que la vocería del populacho afuera, dijeron á madama de Campan sus compañeras:

—Volvamos á la alcoba, esta sala es muy lúgubre y los gritos y risotadas allá en la plaza nos dan miedo. ¡Ay! Dios! qué noche, qué noche!

—Sí, noche bien triste, contestó la camarera mayor. Dics quiera que no sea todavía mas horroroso el día que le sigue. Pero valor, amigas mías, todo depende de nuestra decisión, de nuestra impavidez en el peligro. Mucho espera de nosotros vuestra augusta señora.

—¡Eh! Aquí viene Varicourt; exclamó ella de pronto sintiendo abrirse la puerta con estrépito.

—Decidnos, amigo, agregó hablando con el oficial de la guardia Suiza que acababa de entrar de prisa. ¡Qué nuevas nos traéis?

—Malas, contestó en tono un sí es no es triste Varicourt. La multitud aumenta por momentos. Nuevas columnas han llegado de París y no solo está aquí el populacho, sino también los oradores de los clubs, los cuales desde luego se han puesto á perorar. La multitud se ha dividido en tantos grupos como energúmenos hay predicando el regicidio y la revolución á sangre y fuego. La noche es espantosa. Lo peor no es eso, sino que mientras la traicion, el odio y la maldad reinan triunfantes fuera del palacio, dentro no descubro gran valor ni lealtad. Mas de un soldado del rey ya se ha pasado al enemigo.

—¿Pero qué quiere esa gente? preguntó madama de Campan. Por qué se ha acampado ahí á pasar la noche al cielo raso? Qué objeto tiene á la mira?

—El pueblo quiere lo que nunca alcanzará mientras yo respire y pueda mover un brazo; replicó Varicourt valerosa aunque melancólicamente. He jurado fidelidad á mis soberanos y se la guardaré hasta la muerte. Mas señoras, tengo que dejaros, el deber me llama á mi puesto al pié de la escalinata que conduce á esta sala. Se acerca la hora de cambiar la guardia. Nos volveremos á ver, si vivo, al amanecer. Yo no abandonaré la entrada, vigilad vosotras la alcoba de la reina.

—Sí, contestó madama de Campan, apretándole la mano al oficial de los Suizos, eso mismo acabamos de acordar nosotras. Velaremos y nadie entrará en el dormitorio de la reina, viviendo nosotras. ¡No es así, amigas mías?

—Así es, sin duda; contestaron las mujeres con decisión.

—Adios, señoras mías, dijo el oficial de los Suizos reirándose. Cada cual á su puesto y oído alerta. Si oís la consigna,—es hora—despertad á la reina y ponedla en salvo, porque es evidente que ella corre peligro. ¿Oís? Suenan las tres. Voy á cambiar la guardia. ¡Adios!

Se encaminó de prisa á la puerta, mas una vez allí, se paró de pronto y echó una mirada en torno. Sus ojos se encontraron con los de su amiga, la cual entendió su mudo lenguaje, puesto que corrió á su lado y le preguntó:

—¿Teneis algo que comunicarme?

—Sí, contestó Varicourt en bajo tono, abrigo el presentimiento de que no sobreviviré á los horrores de esta noche. Conoceis aquella á quien amo, y que se interesa por mí; si caigo en el servicio del rey, os ruego veais á mi Cecilia y le digais que he muerto con su nombre en los labios. Decidle que no lllore por mí, ni me olvide tampoco. Pasadlo bien.

Abrió la puerta de golpe y desapareció escaleras abajo. Madama de Campan contruvo las lágrimas que ya le asomaban en los ojos y se reunió con sus compañeras.

—Ahora, les dijo, vamos á la alcoba, cerca del lecho de la reina.

Sin hacer el menor ruido entraron en la sala donde las señoras de la corte con derecho á presenciar el acto de vestirse la reina, se reunían todas las mañanas.

Cerró madama de Campan la puerta por donde habían entrado, sacó la llave y se la metió en el bolsillo y dijo luego:

—Sin mi consentimiento nadie pasará por aquí. Coloquemos ahora sillas delante de la puerta del dormitorio real y sentémonos. Esta servirá de barricada, ó muro, si no de contención al menos de obstáculo á los intrusos, mientras la reina se escapa por el otro lado.

Sentáronse en las sillas, cuyos altos respaldos descansaban contra la puerta de la alcoba de María Antonieta, y cogidas de las manos, empezaron su heroica vigilia.

Todo en torno yacía en el mas profundo silencio, que ninguna de las tres mujeres se atrevía á interrumpir con una palabra ú observación. Con los labios apretados, los ojos y oídos abiertos, allí se estaban las veladoras recogiendo los misteriosos ruidos de la noche. Cuando arreciaba el tumulto fuera y oían como truenos distantes y subterráneos, se apretaban las manos y se miraban unas á otras; pero así que se apagaban esos siniestros rumores, volvían sus miradas á las ventanas y continuaban velando y escuchando.

Con que lentitud se movían las manecillas del gran reloj sobre la repisa de la chimenea! Amenudo se volvían hácia él los ojos de madama de Campan, y no le parecía sino que el tiempo había cesado de girar, porque en la apariencia hacia una eternidad desde que Varicourt se había despedido de ella, y las manecillas no marcaban todavía las cuatro de la madrugada. Sin embargo, el péndulo continuaba su balance regular y acompasado, aun cuando la hora, el silencio, el temor y el motivo de la vigilia, hacían parecer eterno el tiempo á la camarera mayor de la reina.

Al fin el reloj comenzó á tocar las cuatro, cuyas campanadas, en el silencio de la noche, con la quietud sepulcral del sitio, ántes resonaron en los corazones que en los oídos de las fieles criadas de María Antonieta. ¡Las cuatro! Ya había cursado una sola y terrible hora! Antes que asomase la luz del benigno sol, debían pasar otras tres mortales horas!

Pero ¿qué nuevo y espantoso ruido viene á turbar la aparente quietud de la noche? Esos no son ya el canto, ni los vivas, ni las carcajadas bestiales de los hombres medio ébrios, son el grito de guerra y el tiro de las armas de fuego. Cual movidas por un resorte, animadas de un mismo propósito, las tres mujeres se incorporaron y separaron las sillas de la puerta, para estar listas á entrar y despertar á la reina, tan pronto como se aproximase el peligro. Entonces madama de Campan se deslizó á través de la sala en dirección de la puerta que ántes había cerrado y puso el oído en el ojo de la llave. Todo yacía allí en la mayor quietud, nadie había en la antesala, ni el peligro era tan inminente, puesto que no había dado Varicourt la voz de alarma.

Crecía, sin embargo, mas y mas el ruido exterior. Se percibían mejor los disparos de fusil, y de cuando en cuando se oían golpes pesa-

dos, que hacían temblar las ventanas y sonaban como martillazos contra barras de hierro, cual si el pueblo quisiese echar abajo las puertas de la reja que separaba el patio fronterizo del palacio de la plaza.

—Veamos qué es eso, dijo madama de Campan.

Dicho lo cual, puso valerosamente la llave en la cerradura de la puerta, abrió, pasó á la antesala y corrió á la ventana, desde la cual podía verse el patio y la verja en su totalidad. ¡Qué terrible espectáculo se ofreció á su vista! En aquel momento la multitud apiñada y compacta había roto la puerta de hierro, había penetrado en el patio y como una ola furiosa corría á estrellarse contra las puertas del palacio. Por encima de aquel mar de cabezas algunas antorchas esparcían una claridad rojiza y ponían de manifiesto el rostro torcido de los hombres, el cabello flotante de las mujeres, é infinidad de brazos membrudos y desnudos que se agitaban en todas direcciones con movimientos salvajes, formando el conjunto la verdadera pintura del infierno, mas espantoso aun que el que imaginó Dante. Daban al cuadro mayor fiera las armas que portaban hombres y mujeres. La mano que no empuñaba un fusil, una escopeta, una pica, ó un cuchillo, venía cerrada y amenazaba descargar golpes tan terribles como un mazo de herrero.

De repente resonó un grito extraño y atroz, que hizo estremecer las ventanas y despertó los ecos de la desierta sala. Sí, aquel grito penetrante se oyó por entre los chillidos de la muchedumbre, grito que solo lo exhalaban labios humanos en los momentos de mayor dolor ó angustia.

—Ese es un grito de muerte; dijo madama de Campan alejándose de la ventana toda temblorosa. Tal vez han asesinado á la guardia Suiza, y si es así ¿quién impedirá la entrada en el palacio del populacho enfurecido? ¡Ay! Dios! ¿Qué será de Varicourt? Fuerza es averiguar lo que pasa.

Atravesó á la carrera la antesala y abrió la puerta que daba á la cuadra de la guardia Suiza. Estaba vacía, pero mas allá, por la parte fuera, se oía un ruido confuso, mezcla espantable de voces, de maldiciones y de pisadas de centenares de personas que se acercaban por instantes. Ese ruido se hacia cada vez mas fuerte y distinto. De improviso la puerta de salida de la cuadra Suiza, se abrió de par en par, como impelida por una fuerza exterior é irresistible, y luego apareció en ella el bizarro Varicourt, que retrocedía delante de la ola humana que acababa de ver en el patio madama de Campan desde una ventana del segundo piso. Cedia el terreno el bravo oficial de los Suizos, pero pulgada á pulgada, y cuando vio que le ganaban la puerta, tomó la espada de traves con ambas manos y trató de cerrarle el paso á la multitud. Vano empeño. Varicourt parecía un hombre moribundo; tenía el uniforme hecho girones, el rostro pálido y por un lado le salía un chorro de sangre, de una gran herida que había recibido en la frente.

—¡Es hora, es hora! repitió en voz bronceada luego que vio á madama de Campan asomada á la puerta interior de la sala. "Salvad á la reina! La matarán!"

Apresuróse madama de Campan á cerrar la

puerta y pasar el cerrojo, hizo otro tanto con la que daba á la alcoba, y luego que levantó esta doble barrera entre la reina que dormía y la furiosa plebe, cayó de rodillas como agobiada de un dolor inmenso, alzó ambas manos al cielo y exclamó:

—¡Oh! Dios de misericordia! Ten piedad de su alma y recíbela en tu benigno seno!

—¿Por quién orais? le preguntaron sus compañeras azoradas. ¿Quién ha muerto?

—El señor Varicourt, contestó ella llorando. Oí su grito de agonía, cuando le echaba el cerrojo á la puerta de la antesala. Pero no debemos perder el tiempo en inútiles lamentos; es preciso salvar á la reina.

Dicho esto, se puso en pie y abrió la puerta que servía de entrada al dormitorio de María Antonieta; y luego al punto se oyeron un estallido horroso y un grito de triunfo que partían de la antesala que acababan de desocupar las tres camareras.

—¡La reina! clamaba el pueblo. Queremos su corazón.

—Han violentado la puerta de la antesala; dijo Campan en baja voz á sus compañeras. Ya penetran en la alcoba. El tiempo urge. Vamos, amigas mías, vamos corriendo.

Y en efecto corrieron hasta el lecho donde dormía la reina, si, mas no restauraba las fuerzas agotadas con la agitación y el sobresalto del día precedente.

—Señora, augusta señora, despertad.

—¿Qué hay, Campan? preguntó ella abriendo los ojos y sentándose de pronto en la cama.

—¿Por qué me despertáis? ¿Qué ha ocurrido? Por la fiel camarera contestaron el ruido espantoso y el estruendo que hizo al saltar de sus goznes la puerta de la alcoba. Luego de seguida, las voces ásperas y broncas de las mujeres de la plebe, que se oían mas allá de la única puerta que ya quedaba entre la reina y sus perseguidores, dijeron con terrible elocuencia lo que había pasado.

—Vístame pronto, pronto! dijo María Antonieta saltando del lecho al suelo.

—Imposible! le repuso madama de Campan. Ya no hay tiempo. Baten la puerta con la culata de los fusiles. La violentarán, como han despedazado las otras mas fuertes que esa, y entonces esta perdida V. M. Echese la ropa por encima y no se detenga á atarsela. Vamos. Huid, huid. Por la puerta secreta, por el Ojo de Buey.

Tomó la delantera madama de Campan, las dos otras camareras recogieron las ropas sueltas de la reina y luego las cuatro volaron por los tranquilos y desiertos corredores al dormitorio del rey.

—¿Estaba vacío! ¿No había allí alma viviente!

—¡Dios mío! exclamó María Antonieta. Campan, ¿dónde está el rey? Debo reunirme á él. Mi puesto es á su lado. ¿Qué será de Luis?

—Aquí estoy, María, aquí; contestó él mismo que acababa de entrar y ver la cara angustiada y afligida de su mujer. Había ido á salvar lo mas caro que poseemos.

Diciendo esto, depositó en los brazos de María Antonieta al medio despierto delfín que traía en los hombros, y empujó hácia ella á la

infanta Teresa, que traía de la mano madama Tourzel.

—Y ahora que he re ogido y depositado en tu seno nuestro tesoro, agregó el rey con calma, iré á ver lo que pasa.

Pero María Antonieta le detuvo por el brazo.

—Detente, le dijo espantada. Mas allá de esa puerta reinan soberanas la traición y la alevosía. Que vengán aquí los asesinos y nos derriben, no corramos en su busca.

—Bien, se hará lo que tú ordenas, dijo el rey. Aquí nos quedaremos y venga lo que viniere. Tráeme el chocolate, agregó á poco volviéndose para uno de sus ayudas de cámara. Aprovecharé el tiempo desayunándome, porque tengo hambre.

—Sire, ahora? Vamos á almorzar ahora? preguntó la reina asombrada.

—¿Por qué no? replicó Luis con su calma habitual. En estando el cuerpo fortificado, el espíritu puede discernir mejor y con mas reposo. Tú tambien, María, debes tomar algun alimento, porque solo Dios sabe si despues tendremos tiempo de pasar un bocado.

—¡Yo! yo no necesito almorzar! dijo María Antonieta.

Y viendo que Luis tomaba una jícara de chocolate de manos del criado y se disponía á saborearlo, volvió ella la cara hácia otro lado, para sofocar las lágrimas de cólera y dolor que le saltaban de los ojos á pesar suyo.

—Mamá, le dijo entonces el delfín, que aun llevaba en los brazos, yo quisiera chocolate tambien. Mi chocolate. Que me lo traigan.

Se vió la reina compélida á sonreír. Llevó el niño á donde estaba su padre y le sentó en sus rodillas.

—Sire, le dijo, ¿querrá el rey de Francia dar de almorzar á su hijo, mientras truena fuera la revolución y manos traidoras baten y derrivan las puertas del palacio? Ven, Campan, ayúdame á arreglar el traje y el peinado. Quiero estar lista para dar audiencia á la revolución.

Y arrimándose á un ángulo del cuarto la reina acabó de vestirse, habiendo traído, por fortuna las camareras, todas las piezas con-

sigo. Mientras se acicalaba la reina y el rey y sus hijos se desayunaban, empezó á llenarse el aposento. Era que los fieles servidores de Luis, sus ministros y aun algunos miembros de la Asamblea Nacional, viendo el peligro que corrían SS. MM., habían acudido á rodearles.

Cada uno de estos personajes tenía algo nuevo que referir. Contó Saint Priest, cómo pasando por la cuadra de los Suizos, en la puerta de la cámara que abría á los aposentos de la reina, había visto el cadáver de Varicourt cubierto de heridas. El conde de Liancourt, momentos despues había visto á un hombre de aspecto feroz, gigantesco, y de barba espesa, con las mangas de la blusa enrolladas, que con una hachuela trataba de dividir la cabeza del tronco del bravo oficial, á golpes repetidos. El cuerpo de otro militar de los Suizos, el baron de Deshutes, que guardaba la puerta de hierro, tambien había sido visto por el conde de Barennes, cosido á puñaladas. Asimismo refirió el marques de Croissy el heroísmo con que otro Suizo, Miomandre de Saint-Marie, había defendido la puerta que dividia los

apostentos del rey de los de la reina, teniendo tiempo de echar el cerrojo y barricarla con sillas, mesas y otros objetos. Y mientras se referían estas escenas de violencia y el gabinete se llenaba mas y mas de hombres pálidos y de mujeres asustadas, el rey continuó almorzando tranquilamente.

La reina, que ya hacia rato habia terminado su prendido, se dirigió entonces á él, y con voz dulce y trémula, le rogó declarase lo que debia hacerse, que saliera al fin de su extraña apatía, que hablase y obrase como convenia á un rey.

Se encogió de hombros Luis y puso en la bandeja de plata la jicara que habia vuelto á llenar de chocolate y acababa de llevarse á la boca. Visto lo cual por la reina hizo señas al ayuda de cámara Hue para que se acercara y le dijo en tono de mando:

—Llévate esas cosas. El rey ha concluido su almuerzo.

Suspiró Luis y siguió con la vista el criado que se llevaba la bandeja al aparador con todo lo que contenia.

—Ahora, Sire, le dijo María Antonieta, muestra que eres rey.

—Amor mio, contestó él con blandura, es difícil mostrarse uno rey cuando al pueblo se le antoja no considerarle á uno como tal. Oye esa gritería y aullidos y luego dime qué es lo que puedo hacer como rey para que esa gente loca, éntre en paz y razon.

—Sire, alza la voz como rey; declara que vengarás los crímenes de esta noche, empuña la espada y defiende el trono de tus padres y de tu hijo, y entonces verémos retirarse á esos rebeldes, y reunirse en torno tuyo hombres animados de nuevo valor y decision. Tu ejemplo es lo que necesitan para arder en el amor de patria y lealtad. O, Sire, cierra el oído á las representaciones de tu corazón noble y manso, armate de firmeza y resolution. No haya piedad con los traidores y rebeldes.

—Vamos, dijo el rey suspirando ¿qué harías tú en mi lugar?

—¿Qué haría yo en tu lugar? repitió María Antonieta acercándose todavía mas al oído del rey. Despacharía órdenes á Vincennes, y otros lugares para hacer venir aquí las tropas disponibles, formaría un ejército, me pondría á su cabeza, marcharía sobre París y la reduciría á la obediencia ó á cenizas. No cedas pues, no te sometás, manda y conquista. Da la orden, di que harás lo que te digo, y llamaré á uno de mis leales servidores que se pondrá en Vincennes en pocas horas y llenará la comision al pie de la letra.

Y mientras decia esto al oído del rey, su mirada pasando por encima de todas las personas allí reunidas, se encontraron con las del joven Toulan, el cual, habia encontrado medio de entrar en el palacio á pesar del tumulto, y ahora seguía los movimientos de la reina. Entonces, persuadido que ella tenia algo que ordenarle, atravesó por entre el grupo de cortesanos, ministros y señoras y colocó á pocos pasos de María Antonieta, le preguntó:

—¿Tiene V. M. órdenes que darme?

Ella en vez de contestar, volvió los ojos al rey y esperó que hablara; pero este permanecia mudo y á fin de no responder estrechó contra su pecho al delfín y empezó á besarle en la frente.

—En vano, continuó Lafayette, he tratado —¿Tiene V. M. órdenes que darme? preguntó de nuevo Toulan, creyendo tal vez que la reina no le habia oído.

Ella entonces se volvió para el joven diputado, con los ojos llenos de lágrimas y el semblante oscurecido por el pesar y la desesperacion. —No, le dijo, léjos de tener órdenes que dar, me veo en el caso de obedecer las de otro.

En aquella misma sazón se anunció la aproximacion del general Lafayette. La reina se adelantó á encontrarle y le dijo bruscamente:

—¿Son estas, general, la paz y la seguridad que nos prometiais? Escuchad la gritería fuera, vednos aquí sitiados, y decidme si todo esto está de acuerdo con vuestras seguridades de ayer tarde.

—Señora, yo mismo he sido engañado, contestó Lafayette. Se me hicieron las mas sagradas promesas, y se cedió á todas mis súplicas y proposiciones. Conseguí pacificar la multitud y realmente creí y esperé que continuaria tranquilo; que...

—Señor, le interrumpió la reina impaciente. ¿A quién os referís? De quién habláis con tanto respeto?

—Señora, hablo del pueblo con quien celebré un acuerdo y me prometí guardar la paz y respetar el sueño de V. M.

—No digáis el pueblo, decid traidores, rebeldes, revoltosos; gritó María Antonieta indignada. No es el pueblo, sino una partida de desalmados, la que violenta las puertas del palacio del rey; no es el pueblo, sino una gacilla de asesinos, la que degüella dos de nuestros mas fieles servidores. Señor, ¿es de tales atrocidades de las que habláis con tanto respeto? Es con esa canalla con la que habeis tratado? No habria sido mas acertado pasarla á cuchillo?

—Señora, dijo Lafayette poniéndose pálido, si yo hubiera seguido ese consejo, de seguro que V. M. no habria encontrado refugio en esta sala. Porque la cólera del populacho es como el rayo, no respeta puerta ni cerrojo, y una vez suelto, nada ni nadie le detiene en su destructora carrera.

—Bah! exclamó la reina con risa irónica. Se me olvidaba que el señor Lafayette ha seguido un curso regular de estudios en la escuela de la revolucion de América. Así habla del pueblo como de otra majestad ante la cual es preciso inclinar la cabeza.

—Y en ese punto Lafayette tiene razon; dijo el rey levantándose y acercándose á este y á la reina. Oye el rugido! No parece sino que sale de la garganta de los leones, y sabido es, María, que llaman al leon rey de los animales. Dignos, pues, general, si lo sabe, ¿qué quiere ese leon? qué significan sus rugidos?

—Sire, los enemigos de la familia real, los agitadores y rebeldes, que han llegado últimamente de París, han irritado las pasiones del pueblo, propagando las mas insensatas calumnias. Le han persuadido que V. M. ha dispuesto vengan aquí las guarniciones de diversos lugares circunvecinos y que el objeto de V. M. es reunir un ejército para ponerse á su cabeza y marchar sobre París.

Luis le echó una mirada significativa á su esposa, la cual contestó con un orgulloso ademán de enfado.

de desengañar á esa ciega y desaconsejada gente de la imposibilidad de semejante plan.

—Y sin embargo, saltó y dijo María Antonieta con fiereza, la ejecucion de este plan salvaria la corona del deshonor y la humillacion.

—Pero es el caso, señora, que la imposibilidad estriba precisamente en la ejecucion; observó Lafayette con expresion amable. Si se pudiera dar alas á las guarniciones distantes de aquí, el plan resultaria acertado y el ejército salvaria al país. Por desgracia, sin embargo, esto no puede ser, es preciso acudir á otros medios, porque el peligro llama a la puerta, como oye V. M., y debemos adoptar medidas pacíficas, ya que no podemos hacer uso de la fuerza.

—¿Qué medidas pacíficas creéis útil adoptar? le preguntó María Antonieta de mal humor.

Lafayette le dirigió una mirada triste y pensosa, y dijo volviéndose para el rey:

—Sire, Sire, no sabe V. M. cuán extraviado está el pueblo. Hay quienes le empujan á la desesperacion y á la locura con discursos incendiarios. No nos ha costado poca dificultad mantener el populacho fuera del palacio y cerrar las puertas otra vez. ¿París será reducida á cenizas! hé aquí la voz que enciende en ira el corazón de esas pobres gentes y á que dan implícito crédito.

—Me presentaré al pueblo, dijo Luis. Le diré que le han engañado, y le daré mi palabra real de que nadie proyecta designio hostil contra París.

El general Lafayette suspiró y dobló la cabeza sobre el pecho.

—Pues qué, le preguntó el rey con timidez, ¿no te parece acertado?

—Sire, tan excitado se halla el pueblo, labora en tal frenesí, que ya no bastan las palabras á satisfacerle. Bien puede asegurarse V. M. con toda formalidad, que no abriga intenciones hostiles contra París, que no llamará ayuda exterior para su defensa, el pueblo exasperado desconfiará de las promesas de V. M. Porque en medio de su arrebatado, tiene la conciencia de que es un crimen su rebelion contra la corona, y sabe que seria preciso que V. M. fuese mas que humano, para que lo perdona.

—¿Qué bien sabe el general Lafayette, exclamó la reina con risa despreciativa, interpretar los pensamientos de esa chusma afanática!

En aquel instante se oyó abajo un grito agudo, atronador y miles de voces repetían:—¡El rey, queremos ver al rey!

Al oírlo se le iluminó el semblante á este, apresurándose á ir á la ventana y levantar el cristal. No le vió el pueblo al pronto, pero él sí vió un espectáculo que le causó pavor. Vió la inmensa plaza en frente del palacio, que antes solo ocupaban los ricos coches de la nobleza, llena hasta el exceso de una masa compacta de hombres de todas las clases bajas de la sociedad, á que daba Lafayette el nombre de pueblo, y á quien la reina calificaba de chusma sediciosa, la cual hacia oleaje como un verdadero mar, y llenaba el aire con un rumor sordo como hacen las olas azotadas por la tempestad.

—Tienes razon, Lafayette, dijo el rey des-

pues de haber contemplado con calma aquel mar negro de cabezas. Tienes razon. Hé ahí el pueblo. Probablemente no ménos de veinte mil hombres se agitan ahora en esa plaza. Dios no quiera que yo los considere á todos como criminales y plebe. Creo...

No continuó, porque aquel océano humano estalló en un grito tremendo. Habian visto al rey, alguien le descubrió en la ventana, lo indicó á los demas, y en el momento millares de ojos le buscaron y centenares de lenguas exclamaron:—¡Viva el rey! Viva!

Luis lleno de orgullo se volvió muy alegre para los ministros y demas señores que le rodeaban; porque María Antonieta disgustada, se habia retrado con sus hijos á uno de los rincones mas apartados de la sala, y sentada en una silla, los oprimia contra su seno.

—¿Qué decis á esto, caballeros? preguntó el rey. Pues ¿no han querido hacerme creer que el pueblo odiaba á su soberano y le tenia mala voluntad? Apénas me le presento, ved cómo me saluda y victorea.

—¡A París! entones empezó á gritar el pueblo. Queremos que el rey vaya á París.

—¿Qué dicen? Oyes tú? preguntó Luis volviéndose para Lafayette entonces á su lado.

—Sire, expresan el deseo de que V. M. con toda la familia real se traslade á París.

—Y tú ¿qué dices, general? le preguntó el rey.

—Sire, ya me he tomado la libertad de decir que son inútiles las palabras y promesas para aquietar á este pueblo irritado y ciego y hacerle creer que V. M. no tiene miras hostiles contra París.

—Pero si yo voy á París y resido allá por algun tiempo, opinas, segun entiendo, que el pueblo se convencerá de que no abriga miras hostiles contra la capital, pues no es posible que quiera destruir la poblacion en que habito. ¿No es esto lo que quieres decir?

—Sí, sire, eso es lo que yo queria decir.

—A París! á París! seguía clamando el pueblo. Es preciso que el rey vaya á París!

Luis se alejó de la ventana. —Caballeros, dijo á los ministros que formaban un círculo en torno suyo, vosotros sois mis consejeros. Bien, ¿qué me aconsejais? Qué debo hacer para que vuelvan á reinar la paz y la tranquilidad en medio de mi pueblo?

Nadie replicó. Todos confusos y perplejos no levantaban los ojos del suelo. Necker, al cabo de una larga pausa, se atrevió á decir:

—Sire, la cuestion que V. M. nos ha sometido, es de aquellas que requieren dias de deliberacion, pues del modo cómo se resuelva depende quizas la suerte de la monarquia. Pero, siendo así que V. M. desea saber la opinion de sus ministros sin mas demora, me aventuro á expresar la mia. Opino pues, que el curso mas seguro y expedito para V. M. es cumplir con los deseos del pueblo y marchar á París.

—Ya lo suponía yo, murmuró el rey inclinando la cabeza.

—¡A París! gritó la reina en aquella sazón. Imposible. No puedo creer que de propio motu, quieras meterte en el foco de la revolucion y perecer en él.

—¡A París! repetía el trueno abajo en la plaza, como si las palabras de la reina hubiesen resonado allá y despertado el eco popular. ¡A

París! Es preciso que el rey y la reina vayan á París!

—Y que nunca vuelvan de allá! gritó María Antonieta rompiendo en llanto.

—Dí, Lafayette, habla! le dijo el rey. ¿Qué piensas tú?

—Sire, repito que solo hay un medio de restablecer la paz y quietud del pueblo, y ese es, poniéndose V. M. en camino de París con toda la familia real hoy mismo.

Dos efectos diferentes produjeron estas sencillas y francas palabras en el ánimo de los ministros y demas personas que las oyeron. El rostro de unos se iluminó de júbilo; el de otros se cubrió de palidez mortal; estos suspiraron de desesperación; aquellos lloraron de contento. Todos, en suma, tenían la conciencia de que aquella era la crisis del destino de la familia real, y si unos creían que pararía en desastres, otros esperaban pararía en salvación.

No era la reina de los que abrigaban esta última opinión. Sin embargo, vistó que su marido había tomado al fin una medida decisiva, aunque casi forzado á ello, ahogó sus propios sentimientos y en medio del profundo silencio, dijo:

—Ha hablado el rey, nos cumple pues obedecer como buenos vasallos. Madama de Cam-

pan, prepara nuestra partida para París, teniendo presente que ha de ser larga la estada.

—Ahora bien, Lafayette, le dijo el rey, pues no se movia; ¿por qué no te apresuras á anunciarle al pueblo mi voluntad?

—Sire, contestó Lafayette con aire solemne, hay momentos en que solo la voz de Dios ó de su rey puede apaciguar á un pueblo, y en que la voz humana queda ahogada por el trueno de la tempestad.

—Y ¿crees que este es ese momento? le preguntó el rey.

Lafayette hizo una inclinacion de cabeza y señaló para la ventana, cuyos cristales se estremecian con los gritos de: El rey! Verémos al rey! El irá á París! El rey, el rey!

Escuchó Luis un rato silencioso y pensativo á la gritería de la multitud, gritería llena á un tiempo de majestad y horror, y luego dijo:

—General, voy á seguir tu consejo. Anunciaré yo mismo mi decision al pueblo. Dame la mano, Maria, sa'gamos al balcon. Y vosotros, caballeros, seguidme.

Sin decir palabra la reina dió una mano á su marido y otra al delfin, que se le adhería con timidez al paso que su hija Teresa tranquila y reposada la seguía por detras.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO XIV.

A PARIS.

CALLADOS y á paso largo los soberanos seguidos de los ministros y corte anos, atravesaron los dos cuartos inmediatos y pasaron al balcon sobre el pórtico del palacio, que situado en el centro del pórtico principal, dominaba completamente el patio y la plaza mas allá.

A una señal del rey, su paje Hue se adelantó y abrió de par en par las puertas, y aquel, separándose de María Antonieta con una sonrisa, salió al balcon. En el instante y como si la mano de Dios se hubiera extendido sobre aquel rugiente mar, cesó el bramido, trocándose á poco en vivas entusiastas.

Luis, pálido por la emocion y con los ojos húmedos de las lágrimas, se encorvó sobre la baranda, y, en señal de que iba á hablar, alzó ambas manos. La entendieron al punto, porque cesaron los vivas, reinó comparativo silencio y por encima del mar de cabezas, cuyos ojos se fijaban en su rostro, resonó la voz campanuda y potente del rey:

—Voy á dar á mi querido pueblo la prueba de que sin razon se recela de mi corazón paternal. Hoy mismo me trasladaré á París con la reina y mis hijos y residiré en ella. Volved á la capital, hijos míos, que dentro de breves horas os seguré allá.

Dicho esto, mientras el pueblo en su entusiasmo daba nuevos vivas y arrojaba al aire cachuchas, pañuelos y gorras, Luis se retiró del balcon á la sala.

Pero entónces la multitud prorumpió en un nuevo grito. Ya habia visto al rey, ahora queria ver á la reina. Esta era la cantinela de siempre. Queremos la reina, decian en un extremo de la plaza, y resonaba en el otro, como

una ola que se propaga, la reina, que salga la reina!

Esta tomó en cada mano uno de sus dos hijos, y dió algunos pasos hácia la puerta del balcon.

—No vayas, María, le dijo el rey con labios tembloros y aspecto turbado, deteniéndola. No, no. La vista no mas de esa masa hirviendo á los piés, es bastante á trastornar los sentidos. No vayas, María.

Pero el grito se habia convertido en un huracan, segun como hacia estremecer las puertas y ventanas del palacio.

—¿Oyes, Luis? dijo María Antonieta. Me parece que hay tanto peligro en verlo como en no ver el espectáculo. Déjame, pues, hacer lo que tú has hecho. Vamos, hijos míos.

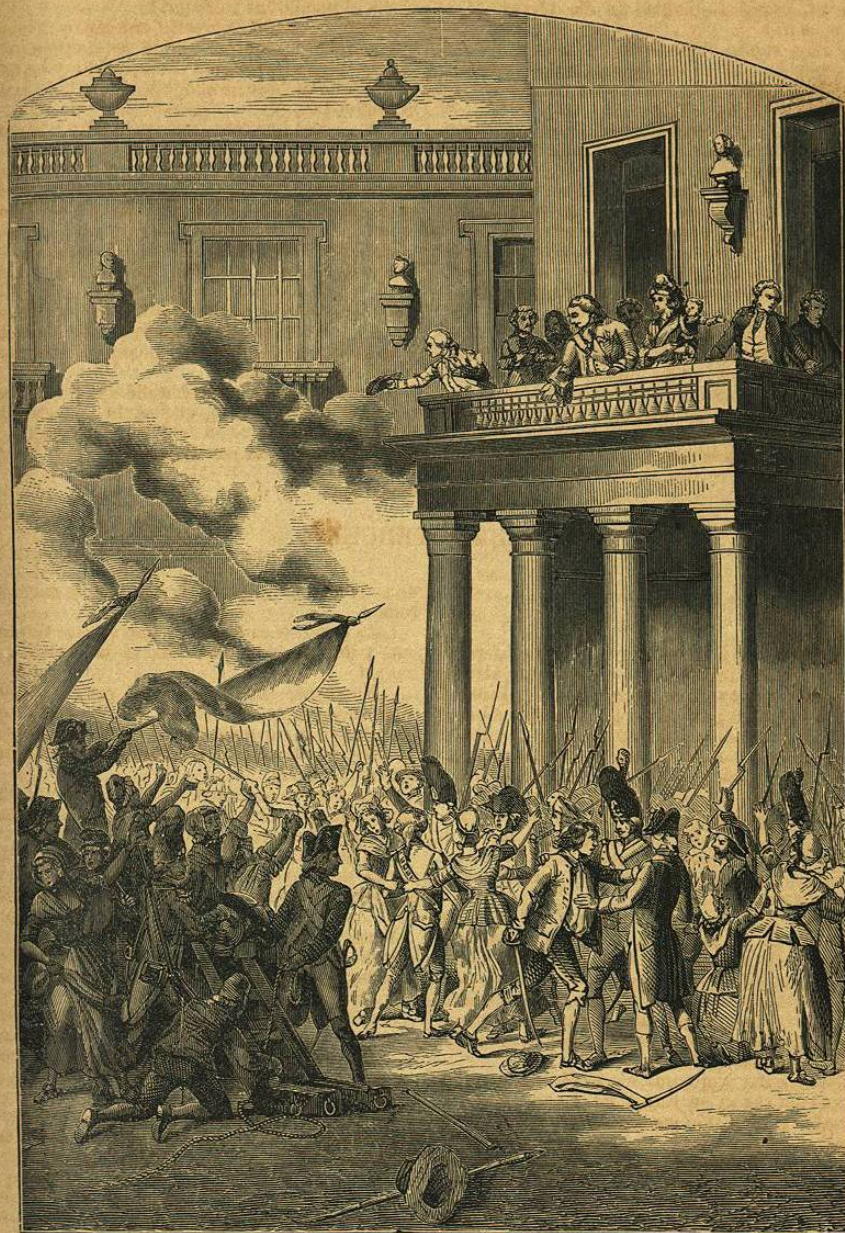
Y marchando entre los dos, la reina salió al balcon con paso firme y cabeza erguida. Detras los siguió de cerca el rey, como un centinela encargado de proteger su vida.

Pero no produjo el efecto que tal vez se prometió, la presencia de la familia real. Léjos de prorumpir en gritos de júbilo, la voz general fué: No queremos chiquillos: que salga la reina sola: fuera los muchachos.

En vano se adelantó Luis y trató de interponer silencio para hablar. El eco de su voz se perdió en la gritería atronadora del populacho, que á tiempo que chillaba á mas y mejor, accionaba con los puños apretados, blandía armas y hacia gestos atroces, con los cuales asustaron tanto al delfin que no pudo contener las lágrimas.

Se retiró la familia real, y como el pueblo estuviese resuelto á hacerse obedecer, y clamase con mas fuerza la salida de la reina sola, dijo ella con resolucion:

—Sea así; y sin ser nadie poderoso á conte



EL REY PROMETIENDO VOLVER Á PARIS.